

# La familia, la primera escuela de las emociones

## Mar Romera

Prólogo de Francesco Tonucci



**Mar Romera**

La familia,  
la primera escuela  
de las emociones

Prólogo de  
Francesco Tonucci

© María del Mar Romera, 2017

© Editorial Planeta, S. A. (2017)  
Ediciones Destino es un sello de Editorial Planeta, S.A.  
Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona  
www.edestino.es  
www.planetadelibros.com

Del prólogo, © Francesco Tonucci, 2017.

De la traducción del prólogo, © María del Mar Romera, 2017.

De las viñetas del interior, © Francesco Tonucci.

Del gráfico del interior, © Carlos Salom, 2017.

De los textos citados en el interior: © Roberto Aguado, *Es emocionante saber emocionarse*. E.O.S., 2014; © Roberto Aguado, *La emoción decide, la razón justifica*. E.O.S., 2015; © Zygmunt Bauman, por las citas reproducidas; © Lewis Carroll, *Alicia en el país de las maravillas*. Austral, 2016; © Augusto Cury, *Padres brillantes, maestros fascinantes*. Planeta, 2007; © Mar García Romera, *La escuela y la educación que queremos* (ponencia); © Javier Iriondo, *Donde tus sueños te lleven*. Oniro, 2012; © Lorenzo Milani, *Experiencias pastorales*. BAC Editorial, 2004; © Osho, *El libro de los secretos*. Gaia Ediciones, 2007; © Ted Perry, «Carta del jefe Seattle a Franklin Pierce», inspirada por el jefe Seattle, en *Home* (serie de televisión), 1970; © Susanna Tamaro, *Donde el corazón te lleve*. Seix Barral, 2017.

Ediciones Destino queda a disposición de los propietarios que ostentan los derechos de los siguientes textos de referencia, con quienes no ha podido contactar: Guillaume Apollinaire, por la traducción del cuento «La fábula del aguilucho»; Loris Malaguzzi, por el poema «Los cien lenguajes del niño»; Lorenzo Milani, por la cita del libro «Carta a una maestra. Alumnos de la escuela de Barbiana»; Eduardo Galeano, por la cita reproducida.

Primera edición: abril de 2017

ISBN: 978-84-233-5224-1  
Depósito legal: B. 5.859-2013  
Impreso por Cayfosa  
Impreso en España-Printed in Spain

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).  
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.  
Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

## ÍNDICE

Prólogo (por Francesco Tonucci) . . . . .	11
Por qué, para qué y para quién este libro . . . . .	19
Introducción . . . . .	23

### PRIMERA PARTE

#### ¿Dónde estamos y qué necesitamos?

1. La infancia en el siglo XXI . . . . .	33
2. La adolescencia del siglo XXI . . . . .	38
3. ¿Cómo se sienten en un mundo efímero? . . . . .	43
4. Inteligencia emocional: ¿Por qué ahora? . . . . .	47
5. Emociones, sentimientos y valores . . . . .	52
6. La imaginación y la emoción siempre ganan a la razón . . . . .	66
7. Educa en comunidad: casa - colegio - calle. ¿Con QUIÉN educar? . . . . .	71
8. Las habilidades intrapersonales . . . . .	75
9. Las habilidades interpersonales . . . . .	89
10. La importancia del juego. El juego es una cosa muy seria . . . . .	92
11. El «trabajo» infantil . . . . .	99
12. ¿Las aficiones de la infancia son las de los adultos? . . . . .	103

13. Pasado - presente - futuro:	
La importancia del equilibrio . . . . .	106
14. Vivir su autonomía . . . . .	111
15. Los límites: ¿por qué y para qué? . . . . .	115
16. Tener proyectos, marcarse objetivos:	
la importancia del QUÉ . . . . .	124

## SEGUNDA PARTE

### ¿Cómo, cuándo y dónde?

17. Organizar y dinamizar situaciones de aprendizaje	139
18. Escuchar . . . . .	141
19. La diferencia es un recurso . . . . .	145
20. Sin juicios ni competitividad . . . . .	148
21. Acompañar serena y confiadamente . . . . .	151
22. Respetar el tiempo necesario para crecer . . . . .	158
23. Implicar a la infancia en el proyecto . . . . .	161
24. Cerca de la alegría, lo sencillo y lo positivo . . . . .	165
25. Trabajar en equipo . . . . .	168
26. Preparados para el cambio . . . . .	175
27. Aprender, practicar, experimentar y vivir, dando sentido a lo que hacemos . . . . .	178
28. El cuerpo es importante . . . . .	181
29. Respetar nuestros orígenes y reconocer el potencial . . . . .	184
30. La integración de las TIC. . . . .	187
31. Muy cerca de la naturaleza . . . . .	190
32. Plataformas emocionales desde las que se aprende	196
Conclusiones abiertas . . . . .	201
Referencias bibliográficas . . . . .	205

## LA INFANCIA EN EL SIGLO XXI

Los niños comienzan por amar a los padres.  
Cuando ya han crecido, los juzgan, y, algunas  
veces, hasta los perdonan.

OSCAR WILDE

Mi abuelo materno pensaba que si podía incluir en la dote de mi madre y de mis tías una máquina de coser aseguraría parte de su «éxito» en la vida. Mis padres pensaban que si se aseguraban de que mi hermano y yo fuéramos a la universidad el «éxito» en nuestra vida estaría asegurado. Ellos, nacidos durante la guerra civil, apenas pudieron ir a la escuela, apenas saben las primeras letras y las cuatro reglas. Ellos tuvieron que emigrar para labrarse un futuro: salieron de un cortijo en La Alpujarra, una comarca de la provincia de Granada, y anduvieron caminos difíciles y trabajos duros para poder encontrar su futuro, nuestro futuro, el de mi hermano y el mío. Su vida los obligó a aprender rápido, a decidir y a resolver. Sin títulos académicos, consiguieron ser personas nobles, honorables y muy competentes. Mi hermano y yo somos lo que ellos construyeron para nosotros.

Ahora les toca a mis hijas, y yo no sé cómo garantizar

su «éxito». Ya no vale la máquina de coser, tampoco el título universitario. Porque en la actualidad es bueno obtener un título, pero eso no nos garantiza nada. Nuestras hijas nacieron en una casa normal, con circunstancias normales, y esto en nuestro siglo supone una dieta sin gluten, humidificador en la habitación y muchas lecturas para intentar hacerlo bien. Nuestros abuelos no leyeron sobre educación, nuestros padres tampoco, nosotros sí, pero no sé si realmente lo estamos haciendo mejor. Nuestros hijos e hijas, igual que antes nosotros, siguen siendo curiosos, sorprendentes, preguntones y con ganas de cambiar el mundo que les ha tocado vivir. Suelen vivir sobreprotegidos, y eso los hace más débiles cada vez, pero a la vez los obligamos a vivir enmarcados en la sobreexigencia, lo que los lleva en ocasiones a perder la infancia que deberían vivir por derecho, asumiendo roles de adulto que no tendrían jamás que pensarse para ellos.

Creo que la infancia es la etapa más importante para la vida del ser humano, y como tal es necesario dejársela vivir. Los avances en neurociencia nos lo confirman, pero este argumento no nos debe llevar a obligar a nuestros niños y niñas a vivir hiperocupados como los adultos de su entorno.

El juego sigue siendo sin lugar a duda el principal canal para el aprendizaje, el crecimiento y el conocimiento, y en ocasiones, cuando veo las agendas de los niños y niñas, creo que se nos olvida. La infancia es una etapa, pero más que una etapa es un espacio y un tiempo. Es un momento que debe ser considerado como tal, y no como preparación de nada.

Los cambios vertiginosos que nos rodean (en todos los ámbitos: política, economía, tecnologías...) nos colocan a los adultos en la estela del miedo: ¿cómo garanti-

zar el éxito de nuestros hijos? La respuesta a esta pregunta suele venir de la mano de la hiperprotección y la hiperocupación. Y lo hacemos así porque los queremos, aunque esta actitud nos lleva a privarlos de infancia, a convertirlos en pequeños adultos; tanto es así que también ellos y ellas están empezando a sufrir enfermedades típicas de adultos: estrés, depresión, falta de sueño o alteraciones en la alimentación.

No hay recetas, sólo es necesario dejarles vivir su infancia, sin prisa, sin contar el tiempo, con calma, desde la admiración que conseguirá el verdadero anclaje del amor. El día que volví del hospital con mi hija de tres kilos entre los brazos me di cuenta de que todo había cambiado. Nuestra casa nunca volvió a oler igual, a estar ordenada de la misma manera, la cocina se vio inundada por multitud de «aparatos», todos para la niña. Lavar a mano, no mezclar su ropita, cambiar los hábitos según sus ritmos, no volver a dormir de verdad nunca más... Y nunca más ir de compras sin pensar en ellas. Amar de forma incondicional no significa hacerlo bien, sólo es el primer paso. En los primeros años de la vida el potencial de un niño o niña es increíble, sus capacidades ilimitadas, y sólo las encorsetan nuestras expectativas. Para que su desarrollo suceda como es debido tenemos que escuchar más y hablar menos, admirar más y mirar menos, tocar más y dirigir menos, saborear cada minuto por el valor que éste tiene, y no por el que tendrá en el futuro.

La afectividad debe ser el único hilo conductor de toda situación educativa. Niños y niñas tienen que sentirse seguros y construir su conocimiento a partir de la formación de un autoconcepto real y una autoimagen positiva. Los niños y niñas no aprenden lo que les enseñamos, nos aprenden a nosotros.



Cuenta la leyenda, con todo lo que las leyendas tienen de verdad y todo lo que tienen de mentira, que había una vez una mamá muy preocupada porque su hijito de seis años, diabético, comía azúcar a escondidas y estaba en peligro de muerte sin que ella pudiera hacer nada.

La mujer buscó médicos, asesores, y ninguno le aportaba una solución. El niño prometía no volver a hacerlo pero la promesa no se cumplía, y a la menor ocasión volvía a comer dulces y ello hacía imposible controlar su diabetes.

Una persona amiga aconsejó a la madre ir a visitar al Maestro, a Gandhi, y pedirle consejo. Esto supuso un gran esfuerzo para la madre, pero lo hizo: un largo viaje, largas horas de espera y al final, con su hijo de la mano y delante de Mahatma, le dijo:

—Maestro, mi hijo es diabético y come azúcar a escondidas. No sé qué hacer, lo he intentado todo y si esto no cambia va a morir.

El Maestro calló y miró al niño. Lo hizo de corazón a corazón, y después de un largo rato en silencio dijo:

—Márchense y vuelvan dentro de quince días.

La mujer no entendió, pero lo hizo. Pasados los quince días, la mujer y su hijo volvieron a llamar a la puerta de Gandhi:

—Maestro, hemos vuelto cuándo y cómo nos dijiste. Mi hijo en estos quince días ha vuelto a comer azúcar y ha sufrido un coma diabético, ha estado a punto de morir.

El Maestro volvió a callar, volvió a mirar de corazón a corazón. En el silencio, arrancó del niño una sonrisa, y fue entonces cuando con mucho amor le dijo al pequeño:

—Prométeme que vas a dejar de comer azúcar.

El niño tardó un ratito, pero al cabo de unos minutos, de forma sublime y con una nueva sonrisa en sus labios, contestó:

—Maestro, te lo prometo.

En aquel momento la madre y el Maestro supieron que el niño no volvería a comer azúcar.

—Podéis marcharos —dijo el Mahatma.

Al salir por la puerta la madre, que no había entendido nada, se volvió, miró al Maestro y le dijo:

—¿Por qué no le dijo usted esto hace quince días a mi hijo? En estas dos semanas podía haber muerto.

Entonces Gandhi vio claro que la que no había entendido nada era la madre, y mirándola con mucho amor y sus manos entre las suyas le dijo:

—Fui yo el que tuve que dejar de comer azúcar.

Nuestros hijos no aprenden lo que les enseñamos, nos aprenden a nosotros: nuestros miedos, nuestras ilusiones, nuestros hábitos, nuestros valores y nuestros sueños. Los niños y niñas nos ven siempre, aunque pensemos que no nos están mirando. Son el eco más perfecto. En ocasiones sus respuestas no son inmediatas, aparecen con el tiempo, pero siempre aparecen.

Si nuestros hijos e hijas viven con adultos que están bien, ellos estarán bien. Aprenden por ósmosis, por modelos, por imitación. No aprenden por discursos o lecciones.

—¡Te lo he dicho mil veces!

¡De qué poco sirve a veces esa frase tan repetida! Si no te gustan algunas conductas de tus hijos, revisa muy bien qué les ofreces cada día.